

DISCURSO SOBRE LAS VENTAJAS
QUE EL ESTABLECIMIENTO
DEL CRISTIANISMO HA PROCURADO
AL GÉNERO HUMANO,
pronunciado en latín ¹ en la obertura
de las «Sorbónicas» por su prior Turgot
el viernes 3 de julio de 1750

La *religión cristiana* tiene a Dios por autor, ¿y podría Dios darnos leyes que no fueran beneficiosas? ¿Será cierto lo que pretenden estos espíritus que no cesan de acusar a la providencia, para justificar sus pasiones y sus crímenes, que esta religión se opone a la felicidad de los hombres y al interés de las sociedades? No; por apartadas que sean las rutas por las que conduce Dios a los hombres, su felicidad es siempre el fin.

Si sobre el monte Sinaí habló por primera vez a su pueblo en medio de rayos y centellas, la ley dada

¹ Aunque el acto se produjo —como era típico entonces— en latín, tanto Du Pont como Schelle señalan que se escribió en primer lugar en francés. Las copias conservadas, que el mismo Turgot hizo para algunas amistades, tuvieron en cuenta la versión latina. En los Archivos del Château de Lantheuil se conservan la versión francesa y la latina, así como algunos materiales previos.

en medio de un tal aparato de terror y de majestad no era sino el anuncio de una ley más perfecta y más digna de Dios, ya que lleva con más esplendor la impronta de su bondad. La multitud de ceremonias molestas —estas leyes de rigor— no era sino la envoltura que tenía que llevar, hasta los tiempos marcados por la providencia, los gémenes de la salud y la felicidad prometida a las naciones. Hasta ese momento, ellas debían levantar una barrera entre el pueblo escogido para ser su depositario y los idólatras, cuya mezcla podría corromperlo. Desde el monte Sinaí hasta el monte Calvario, abarcamos de una mirada todo el camino de la religión. El tiempo desenvuelve ante nuestros ojos los designios de la providencia y no hace sino manifestar más y más los tesoros de su bondad. Así, la religión cristiana es a la vez el cumplimiento y la apología de la economía judaica.

Pero, puesto que la religión impone a las pasiones humanas un yugo contra el cual éstas se revuelven, aún se evita reconocer la mano benefactora de la divinidad. Hay quien se queja de que al presentar a los hombres la esperanza de bienes eternos, se les arranca del disfrute de los que les ofrece la tierra. Se llega hasta acusarla de sofocar el genio, de abatir el coraje, de invertir los más sólidos fundamentos de la felicidad de los hombres y de las sociedades, sustituyendo por una perfección quimérica las virtudes sociales y el instinto de la naturaleza.

Críticos ciegos, limitados en vuestras miradas a esta apariencia corta llamada mundo, ¿osáis juzgar la eternidad según el momento que se os escapa y que no conocéis en absoluto? Afirmados por tantas resplandecientes pruebas de la verdad del cristianismo, rodeadas de las claridades de la revelación, ¿no podéis dejaros conducir sin murmurar de la mano

de un padre? Esperad todavía un día y muy pronto no habrá más tiempo, y el eterno estará justificado plenamente a los ojos del universo. Pero, a partir de ahora, ¿cuán grande es vuestra injusticia? ¿Por qué no veis, por qué no queréis ver que esta religión toda celeste es todavía la fuente más pura de nuestra felicidad en esta vida, que, repartiendo sobre la tierra el germen de eterna salud, ha dado al mismo tiempo las luces, la paz y la felicidad? Es a la prueba de esta verdad a lo que consagro mi discurso².

No me apoyaré más que sobre los hechos mismos, y la comparación fiel del mundo cristiano con el mundo idólatra será la demostración de los provechos que el universo ha recibido del cristianismo. Me esforzaré en describiros a este principio siempre actuante, después del establecimiento de la doctrina de Jesucristo, en medio del tumulto de las pasiones humanas, siempre subsistente en medio de las revoluciones continuas que éstas producen, mezclándose con ellas, dulcificando sus furores, atemperando su acción, moderando la caída de los Estados, corrigiendo sus leyes, perfeccionando los gobiernos, volviendo a los hombres mejores y más felices. La materia es inmensa, las pruebas nacen en masa, su multitud parece no poder plegarse a ningún método: por tanto, me debo limitar. He aquí el plan de este discurso.

Enfocaré en la primera parte los efectos de la

² Toda esta primera parte fue eliminada por Du Pont al considerar que estaba inspirada únicamente por «las funciones, los deberes según la posición del prior de la Sorbona». Schelle ha restituido —según los manuscritos conservados— el texto, y así lo hacemos nosotros. La única traducción castellana hasta el momento (de María Vergara, Pegaso, Madrid, 1941) sigue evidentemente la edición de Du Pont, aunque en ningún momento lo señala, con todas las omisiones y variaciones que éste introdujo.

religión cristiana sobre los hombres considerados en sí mismos. Sus efectos sobre la constitución y la felicidad de las sociedades políticas serán el objeto de la segunda. La humanidad y la política perfeccionadas abarcarán su totalidad.

¡Asamblea augusta³, donde tantas luces reunidas representan la majestad de la religión en todo su esplendor! Al mismo tiempo que vuestra presencia me inspira un respeto mezclado de temor, no me puedo abstener de felicitarme por tener que hablar ante vosotros de la utilidad de la religión. Mostrar lo que le deben los hombres y las sociedades será recordar a unos y otros el agradecimiento debido a los celosos ministros que, por sus enseñanzas, la hacen reinar en el espíritu de los pueblos, igual como, por sus virtudes, la hacen respetar.

¡Puede el espíritu de esta religión conducir mi voz! Pueda yo, al defenderla, no decir nada que no sea digno de ella, digno de vosotros, señores, y del jefe ilustre⁴ de un cuerpo tan respetable. Digno de este hombre que goza del privilegio tan raro de reunir el favor de todos; Roma, la corte y las provincias le admirán y quieren a ultranza. Su espíritu amigo de la verdad, pronto a comprenderla, a desenredarla, parece ser conducido por no se qué instinto sublime de un alma recta y pura. Su elocuencia ingenua place y persuade, a la vez, por el solo encanto de la verdad contenida en su noble simplicidad. Esta elocuencia es preferible a todos los brillos del arte y es la única digna de un gran hombre

³ La asamblea del clero en la Sorbona. (*N. del A.*)

⁴ El cardenal de la Rochefoucauld (*N. del A.*). Se trata, según Schelle, de J.-J. de Roye de la Rochefoucauld (1701-1757): arzobispo de Bourges (1729), cardenal (1738), embajador en Roma (1739), abad de Cluny y de Saint-Vandrille.

que, en definitiva, siempre bueno, siempre sencillo y siempre grande, no debe sino a sus solas virtudes esta consideración universal tan loable, superior al brillo mismo de su alta cuna y de los honores que le rodean.

PRIMERA PARTE

I: ¡Extraño cuadro el del universo antes del cristianismo! Todas las naciones hundidas en las supersticiones más extravagantes; las obras de arte, los más viles animales, las pasiones mismas y los vicios deificados. La más ofensiva disolución de las costumbres autorizada por el ejemplo de los dioses y a menudo, incluso, por las leyes civiles. Algunos filósofos, en pequeño número, no habían aprendido de su razón sino a despreciar al pueblo en lugar de ilustrarlo. Indiferentes respecto de los errores y los vicios de la multitud, extraviados ellos mismos por los suyos propios, que no tenían sino la frívola ventaja de la sutileza, sus trabajos estaban limitados a dividir el mundo entre la idolatría y la irreligión. En medio de este contagio universal sólo los judíos se habían conservado puros. Habían cruzado la extensión de los siglos, rodeados por todas partes de la impiedad y de la superstición que cubrían la tierra y cuyos progresos se habían detenido a su alrededor. Así es como antiguamente se les había visto marchar entre las aguas del mar Rojo levantadas para abrirles paso. Pero este mismo pueblo, este pueblo de Dios por excelencia, ignoraba la grandeza del tesoro que debía dar a la tierra. Su orgullo había encerrado entre los límites estrechos de una sola nación la inmensidad de la misericordia de un dios. Jesucristo aparece, lleva una doctrina nueva.

Anuncia a los hombres que la luz se va a levantar para ellos, que la virtud será mejor conocida, mejor practicada. El resultado debe ser la felicidad. Su religión se expande sobre la tierra. Al mismo tiempo, la profecía se cumple y los hombres más ilustrados, más virtuosos, más felices, gustan y descubren todos a la vez las ventajas del cristianismo.

El evangelio ha sido anunciado. Los templos y los ídolos caen sin esfuerzo. Su caída no es debida sino al poder de la verdad, y el universo, iluminado por la religión cristiana, se sorprende de haber sido idólatra. Las supersticiones abandonadas son tan extravagantes que apenas se osa mostrar como mérito de la religión una cosa que parece haber estado prevista por la razón. Sin embargo, a pesar de los razonamientos de los filósofos y de las inventivas de los poetas, subsistían siempre estos templos y estos ídolos. El pueblo, esclavo siempre, dócil al dominio de los sentidos, seguía con placer una religión cuyo brillo seductor no le dejaba reflexionar su absurdidad. En vano, los filósofos la insultaban. ¿Qué ofrecían en lugar de un error que halagaba los sentidos y que estaba al alcance del pueblo? Sueños ingeniosos, como máximo sistemas engendrados por el orgullo, sostenidos por sofismas demasiado sutiles para seducir al hombre ignorante. Digámoslo todo: los genios más grandes tenían aún más necesidad de la religión cristiana que el pueblo, puesto que se extraviaban con más refinamiento y reflexión. ¡Qué tinieblas aún en sus opiniones sobre la divinidad, la naturaleza del hombre, el origen de los seres! ¿Mencionaré aquí la oscuridad, la extravagancia, la incertidumbre de casi todos los filósofos en sus razonamientos, las ideas de Platón, los números de Pitágoras, las extravagancias teúrgicas de Plotino, de Porfirio y de Yámblico? ¿Ha pasado

el género humano por una especie de infancia con relación a las verdades mismas que la razón le demuestra de una manera más sensible? ¿La revelación sería para él lo que es la educación para los hombres?⁵ Instruidos por ella nuestros teólogos escolásticos tan desacreditados por la sequedad de su método, ¿no habrían tenido —en el seno mismo de la barbarie— conocimientos más vastos, más seguros y más sublimes sobre los más grandes objetos?

¿No tendría yo igual razón para añadir que es a ellos a quienes debemos en cierta medida el progreso de las ciencias filosóficas? Cuando la naciente universidad de París emprendió la tarea de marchar con paso igual en la senda de todas las ciencias; cuando la historia, la física y los otros conocimientos no podían traspasar las tinieblas de estos siglos groseros, el estudio de la religión y la teología ya se cultivaban en las escuelas y, en particular, en este santuario de la facultad. Esta ciencia, que participa de la inmutabilidad de la religión, prestó entonces su apoyo a esta parte de la filosofía que se une tan estrechamente a ella, que entrelaza —por decirlo así— sus ramas con las suyas. Ella lleva la metafísica a un punto donde la elocuencia y el genio de Grecia y Roma no la habían podido elevar.

Ante estos nombres respetados de Roma y de Grecia, ¡qué reflexiones me embargan! ¡Soberbia Grecia! ¿Dónde están tus ciudades sin número que

⁵ Du Pont, en su intento por reducir la carga teológica del escrito, introduce importantes alteraciones en todo este párrafo. Entre ellas elimina completamente esta última frase, en la que Turgot se plantea el que en 1780 será el punto de partida del escrito de Lessing *La educación del género humano*. Se trata de proponer una lectura ilustrada de la religión, que es analizada como elemento central en la «ilustración/educación» de la humanidad.

el esplendor del arte había convertido en tan brillantes? Una masa de bárbaros ha borrado hasta las huellas de estas artes, por las cuales antiguamente habías triunfado de los romanos y sometido a tus propios vencedores. Todo ha cedido al fanatismo de esta religión destructora que consagra la barbarie. Egipto, Asia, África, Grecia, todo ha desaparecido ante estos progresos. Se las busca en ellas mismas y no se ve más que pereza, ignorancia y un despotismo brutal establecidos en sus ruinas. ¿Nuestra Europa no ha sido también la presa de los bárbaros del norte? ¿Qué feliz refugio pudo conservar en medio de tantas tormentas la llama de las ciencias cercana a apagarse? ¿Esta religión establecida en Roma y ligada a ella —a pesar de sí misma— la sostiene y la hace sobrevivir a su caída? Sí; únicamente por ella, estos feroces vencedores deponiendo su fiereza se someten a la razón, a la civilización de los vencidos, y llevarán ellos mismos la luz a sus antiguos bosques y hasta los confines del norte. Ella sola ha transmitido hasta nuestras manos estas obras inmortales, de donde extraemos aún los preceptos y los ejemplos del gusto más puro, y que, en el renacimiento de las letras, nos han ahorrado al menos la excesiva lentitud de los primeros pasos. En fin, únicamente por ella vive todavía hoy en Europa este genio que distingüía a Grecia y Roma de los bárbaros. Si tantas destrucciones, una y otra vez, si las divisiones de los conquistadores, los vicios de sus gobernantes, la residencia de la nobleza en el campo, la falta de comercio, la mezcla de tantos pueblos y tantas lenguas, retienen largo tiempo a Europa en una ignorancia grosera. Si ha sido necesario tanto tiempo para borrar todas las huellas de la barbarie, al menos los monumentos del genio, los modelos del gusto —poco consultados, poco se-

guidos—, fueron conservados en las manos de la ignorancia como depósitos para ser abiertos en tiempos más felices. La comprensión de las lenguas antiguas fue perpetuada por la necesidad del servicio divino. Este conocimiento permanecerá largo tiempo sin producir efectos sensibles; pero pervivió como los árboles, despojados de sus hojas por el invierno, subsistiendo en medio de los hielos para dar todavía flores en una nueva primavera.

Finalmente, la religión cristiana, inspirando en los hombres un celo tierno por los progresos de la verdad, ¿no ha devenido en cierta medida fecunda? Al establecer un cuerpo de pastores para la instrucción de los pueblos, ¿no ha convertido por esto el estudio en necesario para un gran número de personas y, por tanto, ha tendido las manos a una multitud de genios repartidos entre la masa de los hombres? ¿No se han aplicado más hombres a las letras y, por tanto, no ha habido mayor número de grandes hombres? Pero, en la abundancia de pruebas que mi tema me presenta, ¿puedo desarrollarlas todas? Me apresuro a pasar a los beneficios más importantes y más dignos de la religión a los progresos de la virtud.

II. Aquí sucumbo y cedo, más todavía, a la inmensidad de la materia. Paso rápidamente sobre el amor de Dios, del cual sólo la religión cristiana ha hecho la esencia del culto divino, limitado en las otras religiones a solicitar bienes y a apartar los males. Paso sobre la severidad de nuestra ley que, abrazando los pensamientos y los sentimientos más secretos, ha enseñado a los hombres a remontarse a la fuente de sus pasiones y a extirparlas antes de que hayan podido causar sus destrucciones. Pero, tantas veces como vuelvo los ojos hacia las preciosas

cosas que dejo, ¡cuánto añoro tantos motivos de admiración que ofrece la historia de los primeros cristianos! ¡Su coraje en medio de los suplicios, el espectáculo de sus costumbres tan puras y el contraste de su santidad con las abominaciones desplegadas y consagradas en las fiestas paganas! Forzado a limitarme, me detendré al menos en las virtudes puramente humanas —de las que se glorifican de ser apóstoles los enemigos de la religión—, en estos sentimientos de la naturaleza que se le reprochan haber debilitado.

¡Habrá debilitado los sentimientos de la naturaleza! ¿Esta religión cuyo primer paso ha sido de eliminar las barreras que separaban los judíos de los gentiles? ¿Esta religión que, enseñando a los hombres que todos son hermanos —hijos de un mismo dios—, no formando más que una familia inmensa bajo un padre común, ha incluido en esta idea sublime el amor a Dios y el amor a los hombres y, en estos dos amores, todos los deberes?

¡Habrá debilitado los sentimientos de la naturaleza! ¿Esta religión, uno de cuyos primeros apóstoles (aquel mismo que Jesús más amaba), agobiado de años, se hacía acompañar todavía a las asambleas de fieles y allí abría la boca agonizante sólo para decirles: «¡Hijos míos, amaos los unos a los otros!»!

¡Habrá debilitado los sentimientos de la naturaleza! ¿Esta religión cuya caridad y los cuidados atentos a aliviar todas las desgracias han sido el carácter constante bajo el cual se ha reconocido siempre a sus discípulos! «¡Cómo! —dice un emperador famoso por su apostasía, al escribir al sacerdote de sus ídolos—, los galileos, además de a sus pobres, alimentan a los nuestros. Estos recién llegados nos quitan nuestra virtud: cubren de oprobio nuestra negligencia y nuestra inhumanidad.» Este principio,

verdaderamente singular por la mezcla de razón y locura, Platón, Alejandro y Diógenes a la vez, ha llegado a enemigo del cristianismo por un fanatismo ridículo por los errores —a sus ojos consagrados por su antigüedad y, al mismo tiempo, desacreditados para dejar entrever en su orgullo la gloria picante de la novedad—. Juliano, en una palabra, se ve forzado por la verdad a rendir este testimonio a la virtud de los cristianos.

¡Habrá debilitado los sentimientos de la naturaleza esta religión! ¡Pues bien! En Atenas, en Roma, una política tan ignorante como cruel autorizaba a los padres a abandonar a sus hijos. En un vasto imperio situado en la extremidad de Asia, que se enorgullece de la pretendida sabiduría de sus leyes, ultraja la naturaleza con esta horrible costumbre: los más tiernos gritos ahogados no excitan la estúpida indiferencia de las leyes chinas. ¡Su voz no se ha dejado oír en el corazón de un Solón, de un Numa, de un Aristóteles, de un Confucio! ¡Oh Santa Religión! Eres tú la que has abolido esta costumbre afrentosa y, si la vergüenza y la miseria son todavía más fuertes que el horror que tú has inspirado, eres tú quien has abierto estos asilos donde tantas víctimas infortunadas reciben de ti la vida y se convierten en ciudadanos útiles. Eres tú quien, por el celo de los hombres apostólicos, que llevas a los confines del mundo, pasas a ser la madre de niños abandonados tanto por sus padres como por leyes que se vanaglorian de ser obra maestra de la razón.

¡Oh, santa religión! ¡Se disfruta de tus beneficios y se busca esconder que vienen de ti! ¿Qué dulce y generoso espíritu extendido por Europa ha hecho menos crueles nuestras costumbres? Si Teodosio, en el castigo de una ciudad culpable, escucha todavía más su cólera que su justicia, Ambrosio le niega la

entrada en la iglesia. Luis VII expía por una penitencia rigurosa el saqueo e incendio de Vitry. Estos ejemplos y tantos otros a la larga han expandido en los espíritus la dulzura del cristianismo. Poco a poco se han vuelto más humanos, pero ¿cómo han tenido necesidad de un tiempo tan largo? ¿Cómo es que esta humanidad, este amor de los hombres, que nuestra religión ha consagrado bajo el nombre de caridad, ni tan sólo tenía nombre entre los antiguos? ¿La sensibilidad a las desgracias del prójimo no ha sido grabada en todos los corazones? Sus impresiones tan vivas para hacer reconocer la santidad de la revelación⁶ ¿eran tan débilmente presentes para hacerla inútil? ¡Después de cuatro mil años ha venido Cristo para enseñar a los hombres a amarse! Ha sido necesario que esta doctrina, reanimando los principios de sensibilidad que cada hombre encuentra en su corazón, haya desvelado en cierta medida la naturaleza a sí misma.

III. ¿Sería imposible aquí no mezclar las pruebas del progreso de la virtud en los hombres con aquéllas del acrecentamiento de su felicidad? No, estas dos cosas están unidas demasiado estrechamente, y en vano las reglas de la elocuencia prescribirían separar en el discurso lo que está tan cerca de confundirse en la verdad. ¿Qué otro motivo que el de la religión ha comprometido a una multitud de personas a abandonar su familia, a no conocer otro interés que el de los pobres? ¿Quién podría contar estos establecimientos útiles construidos entre nosotros por una feliz emulación en buscar desgraciados y necesidades desatendidas, y una feliz in-

dustria a descubrirlos? Establecimientos donde, por el celo ofrecido por los fieles, el cuerpo entero de la Iglesia inflama a la vez el alivio de todos los que sufren. Éstos se consagran a la instrucción de los niños; aquéllos, a los pobres del campo. Cristianos gemen en las cadenas de los bárbaros, hombres que no los conocen dejan su patria, cruzan los mares, se exponen a mil peligros, para liberarlos. Las víctimas mismas de la justicia de los hombres encuentran aún consolación en el seno de la religión y recursos en la piedad de los fieles.

¡Templos dedicados a Jesucristo en la persona de los pobres! ¡Abríos a nuestros ojos! ¡Mostradnos la humanidad en toda su excesiva debilidad y miseria, y la religión en toda su grandeza! Mostradnos, alrededor de estos lechos de sufrimiento y de lágrimas, a personas delicadas, elevadas en la púrpura, apresurándose —a pesar del horror y la repugnancia de un tan triste espectáculo— a rendir a los enfermos los servicios más penosos y los más asiduos.

¿Vemos a algunos —a pesar de su gran número— de estos incrédulos virtuosos, de estos apóstoles de la beneficencia y de la humanidad, olvidar sus placeres para venir a ejercer virtudes que les son tan caras? ¿Por qué los buscamos inútilmente? O, más bien, ¿por qué no pensamos en buscarlos? Digámoslo valientemente: a pesar de una vana ostentación, la incredulidad nacida de las pasiones y del amor propio sólo conduce al amor de sí y a los placeres. Si bien la virtud está algunas veces en la boca de los incrédulos, está sobre todo en el corazón de los cristianos verdaderos⁷. La razón habla, la religión hace actuar.

⁶ Como señala Schelle, Du Pont substituyó aquí «revelación» por «moral cristiana».

⁷ María Vergara suprime en su traducción la práctica totalidad de este párrafo.

No es en absoluto a los Tito, Trajano, Antonino a quienes la tierra deba la abolición de los combates de gladiadores, de estos juegos donde corre la sangre humana en medio de los aplausos populares. Es sólo a Constantino, es a Jesucristo; es por las manos de un príncipe, a quien la historia reprocha haber sido sanguinario, como la religión ha extendido los beneficios más grandes que no ha hecho la bondad misma de los príncipes privados de sus luces. Se le reprocha a la religión la sangre que hizo brotar un falso celo por sus intereses. Es cierto que los cristianos son hombres, que han defendido la religión con las armas que ésta condena. Pero el instante de celo —alumbrado por la caridad— tiene la acidez que apaga esta caridad, aunque el orgullo humano lo vuelva tan fácil, sobre todo en los tiempos de ignorancia. Este instante de celo, si bien no es la excusa, aún menos es el motivo. La pasión, sin justificar los excesos, los hace concebir. ¡Ah, si la sangre de los hombres debe correr por la mano de los hombres; si está determinado que la tierra sea siempre el teatro sangrante de sus crímenes y de sus furores, que al menos el trastorno, la impetuosidad, la embriaguez sustraiga a sus ojos la atrocidad! ¡Que la sangre fría, la idea de juego fijada a la crueldad no conviertan el horror más doloroso que la perdida misma de aquéllas que son las víctimas! ¡Que pueda lamentarlos sin ver la vergüenza del crimen recaer sobre la humanidad! ¡Que se me ahorre el tormento de buscar en mi corazón el germen de un placer tan afrontoso!

Les gustaba este placer funesto a estos maestros del mundo, a estos ídolos de nuestro orgullo. Sus ojos ávidos se regocijaban en la vista de la sangre y de las convulsiones de la muerte. Su extraña crudelidad llegaba hasta prescribir a estos infortunados

gladiadores un arte de morir con gracia y de incrementar al placer de sus tiranos.

Por donde se ha extendido su imperio, los circos, los anfiteatros, son a la vez los monumentos de su gusto, de su poder y de su crueldad. En estos restos de la grandeza romana las naciones se contemplan todavía con una curiosidad ávida y respetuosa, la majestad de este pueblo rey⁸.

¡Oh! ¡Cuánto más queridos me son estos edificios góticos donde el pobre y el huérfano encuentran un asilo! Monumentos respetables de la piedad de príncipes cristianos y del espíritu de la religión! ¡Si vuestra arquitectura grosera hiere la delicadeza de nuestros ojos, seréis siempre caros a los corazones sensibles! Que otros admiren —en este retiro preparado a aquellos que en los combates han sacrificado por el Estado su vida y su salud— todas las riquezas del arte juntas. Aquí se despliega a los ojos de las naciones la magnificencia de Luis XIV y eleva, por tanto, nuestra gloria al nivel de aquella de los griegos y de los romanos. Admiraré el uso de estas artes elevadas por el honor sublime de servir a la felicidad de los hombres, más alto que lo han estado jamás en Roma y en Atenas.

Así, por donde se extiende el cristianismo, los monumentos de su celo para con la felicidad de la humanidad llevan en todos los siglos el testimonio de su carácter benéfico y sus beneficios mismos. Se elevan en todas partes, poco a poco cubren la superficie del universo. Pero, qué digo, ¿el universo mismo considerado bajo el punto de vista más vasto no es un monumento de estos beneficios? ¿Qué cuadro nos presentan sus revoluciones después del estable-

⁸ Du Pont y la traducción de María Vergara alteran o eliminan gran parte de todo lo anterior.

cimiento del cristianismo? Las pasiones cubren, como en todos los tiempos, la tierra con sus destrucciones y la religión en medio de ellas, tan pronto reprimiendo su impetuosidad, tan pronto repartiendo sus beneficios donde ellas han hecho sentir su rabia.

¡Oh América! Vastos países, ¿no habéis sido revelados a nuestras miradas más que para ser las tristes víctimas de nuestra ambición y de nuestra avaricia? ¡Qué escenas de horror y crueza nos han hecho conoceros! Naciones enteras desaparecen de la tierra, o devoradas en las minas, o aniquiladas ya sea por el rigor de los suplicios, ya sea por el suplicio continuo de una esclavitud más dura que la muerte, bajo amos que desdeñaban dulcificar el rigor para gozar más tiempo del provecho⁹. ¡Ah! ¡Apartemos nuestros ojos de estas horribles imágenes! Volvámoslos sobre los inmensos desiertos del interior de América. Aquí, no son ya conquistadores guiados por el interés o la ambición, son misioneros que el espíritu de Jesucristo anima los que, a través de mil peligros, persiguen por todas partes hombres incultos que quieren volver felices. Tribus numerosas se forman de día en día. Poco a poco, estos salvajes, volviéndose hombres, se disponen a

ser cristianos. La tierra inulta se vuelve fecunda bajo las manos que se han vuelto industriosas. Leyes fielmente observadas mantienen para siempre la tranquilidad en estos climas afortunados. Las destrucciones de la guerra son desconocidas. La igualdad ha proscrito la pobreza y el lujo, y ha conservado, con la libertad, la virtud y la simplicidad de las costumbres. Nuestras artes se expanden sin nuestros vicios.

¡Pueblos felices! Así habéis sido llevados de golpe desde las tinieblas más profundas a una felicidad mayor que aquélla de las naciones más civilizadas. ¡Vastas regiones de América, cesad de quejaros de los furores de Europa! Ella os ha llevado su religión, todo está reparado. Pueblos del universo, corred deprisa a someteros a una religión que ilumina el espíritu, que dulcifica las costumbres, que hace reinar todas las virtudes y la felicidad con ella. Y vosotros, pueblos que la habéis mamado con la leche, juzgad con reconocimiento sus beneficios. Tapad el oído ante estos falsos sabios que os la querían arrancar. Sería como robaros las luces¹⁰, las virtudes, la felicidad de la cual es la fuente esta religión. Sería como quitar a las sociedades políticas el más firme apoyo a su felicidad. Lo veréis en la segunda parte de este discurso.

⁹ Aquí Du Pont —ahora para suavizar la crítica— introduce el siguiente fragmento: «Pero la religión fue sólo el pretexto de estos horrores que ella misma reprochaba con fuerza; y fue precisamente uno de sus sacerdotes, el piadoso Las Casas, al denunciarlas en Europa, quien suavizó un poco las calamidades.» Aunque sea a partir de un elogio al padre Las Casas, Du Pont vincula de esta manera la crítica anterior a la «leyenda negra» sobre la colonización española de América. María Vergara introduce aquí una nota atacando esta «leyenda negra», si bien comete el anacronismo de imputar a Turgot lo que fue un añadido posterior de Du Pont.

¹⁰ En la traducción de María Vergara este párrafo está profundamente modificado. La alusión a las luces ha desaparecido, impidiendo así la correcta comprensión del discurso de Turgot: canalizar su elogio del cristianismo dentro del más puro espíritu ilustrado y, por tanto, reivindicar las luces uniéndolas a la tradición cristiana.

SEGUNDA PARTE

La naturaleza ha dado a todos los hombres el derecho a ser felices. Necesidades, deseos, pasiones, una razón que se combina de mil maneras con estos diferentes principios, son las fuerzas que les ha dado para alcanzarlo. Pero demasiado limitados en sus miras, demasiado mezquinamente interesados, casi siempre opuestos los unos a los otros en la búsqueda de bienes particulares, los hombres tenían necesidad de un poder superior que, abrazando en sus designios la felicidad de todos, pudiera dirigir a un mismo fin y conciliar tantos intereses diferentes.

Mirad este agente universal de la naturaleza: el agua. Filtrada por mil canales invisibles, distribuye a los productos de la tierra sus nutrientes savias, cubre su superficie de vegetales y lleva por todas partes la vida y la fecundidad. Recogida en grandes cantidades en los ríos y en el mar, es el vínculo del comercio de los hombres y reúne todas las partes del universo. Uniformemente repartida sobre toda la superficie de la tierra, no sería sino un único mar. Entonces las simientes serían ahogadas por el elemento vivificador que debería desarrollarlas. Ha sido necesario que las montañas levantasen sus cabezas por encima de las nubes, para recoger a su alrededor los vapores de la atmósfera, y que una pendiente infinitamente variada, desde sus cimas hasta las más grandes profundidades, dirigiera el curso de agua, distribuyendo por todas partes sus beneficios.

He aquí la imagen de la soberanía, de esta subordinación necesaria entre todos los órdenes del Estado, de esta sabia distribución de la dependencia y de la autoridad que reúne todas las partes.

De aquí provienen los dos puntos sobre los cuales gira la perfección de las sociedades políticas: la sabiduría y equidad de las leyes, la autoridad que las apoya. Leyes que combinan todas las relaciones que la naturaleza o las circunstancias pueden poner entre los hombres, que equilibran todas las condiciones, y que —igual que un hábil piloto sabe avanzar casi en contra del viento por una diestra disposición de sus velas— saben dirigir a la felicidad pública los intereses, las pasiones y los vicios mismos de los particulares. Una autoridad establecida sobre fundamentos sólidos, que, reprimiendo la independencia sin oprimir la libertad, asegura para siempre con la observación de las leyes el orden y la tranquilidad en el Estado. En dos palabras, hacer la felicidad de las sociedades asegurando la duración; he aquí la meta y la perfección de la política. Con relación a estos dos grandes objetos, examinaremos los progresos del arte de gobernar y mostraremos en qué medida ha contribuido el cristianismo a ellos.

I. Los primeros legisladores eran hombres y sus leyes llevaban la impronta de su debilidad. ¿Qué punto de vista podría ser suficientemente vasto para abrazar de un golpe de vista todos los elementos de las sociedades políticas? ¿Sería en la infancia de la humanidad cuando se habría podido resolver el más difícil y el más importante de los problemas? Y, en este laberinto tenebroso donde la razón sin experiencia no podía evitar perderse, no era perdonable a los legisladores seguir algunas veces el brillo engañoso de las pasiones o, lo que es lo mismo, del prejuicio, que no es sino la expresión de las pasiones de la multitud. De aquí provienen estas virtudes químéricas, estas virtudes de sistema, a las cuales frecuentemente se ha inmolado la verdadera virtud.

De aquí provienen estas falsas ideas de la utilidad pública restringida a un pequeño número de ciudadanos.

¡Oh, el bello y sabio proyecto de Licurgo, quien, abandonando la sabia economía de la naturaleza por la cual ésta se sirve de los intereses y los deseos de los particulares para realizar sus proyectos generales y hacer la felicidad de todos, destruyó toda idea de propiedad, violó los derechos del pudor, aniquiló los más tiernos lazos de sangre! Su proyecto es tan extravagante que está obligado a prohibir a sus ciudadanos el cultivo de la tierra y todas las artes necesarias para la vida. Hizo falta que un pueblo entero de esclavos fuera sumido en la más cruel de las tiranías para permitir a sus amos gozar de una igualdad que no llega a producir la libertad. Juguetes de los caprichos de estos bárbaros amos, se les despoja de todos los derechos de la humanidad¹¹, así como los sagrados derechos de la virtud. Se les fuerza a librarse a excesos deshonrosos y convertirse a sí mismos en el ejemplo del vicio para inspirar horror hacia éste en los jóvenes lacedemones. Se impulsa en los esclavos el envilecimiento de la humanidad, hasta ver como una acción indiferente el matarlos incluso sin razón. Para procurar a diez mil ciudadanos la extraña felicidad de llevar la vida más austera, de hacer siempre la guerra sin conquistar nada, las leyes sacrifican todo un pueblo, aunque tampoco no vuelven feliz al pequeño número que favorecen.

La desgracia cae sobre las naciones donde el es-

¹¹ Se trata de la idea de la existencia de unos derechos del hombre por ser tal (con independencia de religiones, razas, nacionalidades, *status socioeconómico*), que tendrá tanta importancia en la Revolución francesa.

píritu de sistema ha conducido de esta manera a los legisladores. Aquellos que se entregan a él no hacen más que restringir su objeto para poderlo abarcar. Los hombres son hechos en todo por el tanteo de la experiencia. Los más grandes genios son arrastrados por su siglo y los legisladores sistemáticos no han hecho muchas veces más que fijar los errores al querer fijar la leyes. Es casi imposible que un genio que contempla sus leyes como su obra, en quien el amor propio y el amor al bien público confundidos se fortifican el uno al otro, no quiera asegurar a éstas una inmortalidad sobre la que él funda la suya¹². Encadenará todas las partes del gobierno: la religión, la constitución del Estado, la vida civil serán mezcladas, entrelazadas por mil nudos que serán imposibles de deshacer y que será necesario romper, es decir, destruir el Estado cuyas fuerzas todas son el sostén de cada ley particular. Así, las leyes adquieren una inmutabilidad funesta, ya que cierra la puerta a las correcciones de que tienen necesidad todas las obras humanas. No resta para remediar los abusos sino el recurso —más triste que los mismos abusos— de una revolución total que, destruyendo el poder que las leyes obtienen de la autoridad soberana, no les deja más que el recibido

¹² Esta frase y las dos siguientes han sido eliminadas en la edición de Du Pont. El resto del párrafo también fue muy modificado. De esta manera Du Pont tergiversaba también las ideas más críticas y radicales de Turgot por lo que respecta a la política y la necesidad de reformas políticas para evitar una revolución violenta. El joven Turgot no era, evidentemente, el único en su época en afirmar tales ideas —luego plenamente confirmadas por la historia—, pero adquieren un gran valor si se tiene en cuenta que fueron formuladas por el futuro ministro reformista de Luis XVI.

de una utilidad comprobada o de su conformidad con la equidad natural.

Más felices son las naciones cuyas leyes no han sido establecidas por tan grandes genios. Ellas se perfeccionan al menos aunque sea lentamente y con mil alternativas, sin principios, sin puntos de vista, sin proyecto fijo. El azar, las circunstancias han conducido a menudo a leyes más sabias que las investigaciones y los esfuerzos del espíritu humano. Un abuso observado ocasiona una ley, el abuso de la ley ocasiona una segunda que lo modifica. Al pasar sucesivamente de un exceso a un exceso opuesto, poco a poco se van acercando al justo punto medio ¹³.

Pero ni estos progresos lentos y sucesivos, ni la variedad de los acontecimientos que edifican los Estados los unos sobre las ruinas de los otros no han podido abolir un vicio fundamental enraizado en todas las naciones y que tan sólo la religión cristiana ha podido destruir. Una injusticia general ha reinado en las leyes de todos los pueblos. Veo por todas partes que las ideas de lo que cabe llamar como bien público han estado limitadas a un pequeño número de hombres. Veo que los legisladores más desinteresados para con sus personas no lo han sido para con sus semejantes, para con sus conciudadanos, para con la sociedad de la que forman parte. Ciertamente, el amor propio ¹⁴, aunque abrace una

¹³ Du Pont suprimió completamente este párrafo y modificó el siguiente. De estas últimas supresiones y modificaciones podemos concluir que no se limitó a censurar aquellas partes que podían presentar un mayor énfasis religioso, sino también partes, como las que comentamos, que son claramente críticas y de contenido político progresivo.

¹⁴ Aquí vemos el tema, tan típico de la Ilustración, del «amor propio», y el «amor a sí», pero bajo una perspectiva más amplia de lo habitual.

esfera más extensa, no es menos injusto. Casi siempre la virtud ha venido a ser sometida a las opiniones bajo las cuales se ha nacido. Estas opiniones son obra de la multitud, y la multitud es siempre más injusta que los particulares, puesto que ella es siempre más ciega y más exenta de remordimientos.

Así, en las antiguas repúblicas, la libertad estaba fundada menos en el sentimiento de la nobleza natural de los hombres que sobre un equilibrio de ambición y poder entre los particulares. El amor a la patria era menos el amor a los conciudadanos que un odio común a los extranjeros. De aquí provienen las barbaridades que los antiguos cometían en sus esclavos. De aquí provienen esta costumbre de la esclavitud extendida anteriormente por toda la tierra, estas cruelezas horribles en las guerras de los griegos y de los romanos, esta bárbara desigualdad entre los dos sexos que reina todavía hoy en Oriente. Se ha inspirado en casi todas partes el menosprecio a la mayor parte de los hombres como si de una virtud se tratara, llegando en la India hasta tener miedo de tocar a un hombre de baja extracción. De aquí provienen la tiranía de los grandes en relación con el pueblo en las aristocracias hereditarias, la profunda humillación y opresión de los pueblos sometidos a otros. En definitiva, por todas partes los más fuertes han hecho las leyes y han oprimido a los débiles y, si alguna vez se han consultado los intereses de una sociedad, siempre se han olvidado los de la humanidad.

Para regenerar las leyes hace falta un principio que pueda elevar a los hombres por encima de sí mismos y de todo lo que les rodea, que pueda hacerlos considerar todas las naciones y todas las condiciones de una vida justa y, en cierta medida, mirar por los ojos de Dios mismo. Esto es lo que la reli-

gión cristiana ha hecho. En vano los Estados habrían sido derribados, los mismos prejuicios reinarían por toda la tierra y los vencedores estarían sometidos igual que los vencidos. En vano la humanidad ilustrada habría eliminado a un príncipe, a un legislador. ¿Habría podido corregir por sus leyes una injusticia íntimamente mezclada a toda la constitución de los Estados, al orden mismo de las familias, la distribución de las herencias? ¿No era necesario que una tal revolución en las ideas de los hombres se hiciera por grados insensibles, que los espíritus y los corazones de todos los particulares fueran cambiados? ¿Y se podía llevar a cabo esto a partir de otro principio que el de la religión? ¿Qué otro principio podría combatir y vencer el interés y el prejuicio reunidos?¹⁵ El crimen de todos los tiempos, el crimen de todos los pueblos, el crimen de las leyes mismas, ¿podría excitar los remordimientos y producir una revolución general en los espíritus?

Sólo la religión cristiana lo ha conseguido. Sólo ella ha puesto los derechos de la humanidad en juego. Finalmente, se han conocido los verdaderos principios de la unión de los hombres y de las sociedades. Se ha sabido conjugar el amor preferente a la sociedad a la que se pertenece con el amor general a la humanidad. El hombre ha reconocido en su corazón esta ternura que la providencia ha repartido

¹⁵ Vemos aquí la base del reformismo moderado de Turgot: se trata de la inevitable lentitud en el cambio y perfeccionamiento de las ideas y costumbres. También podemos ver de nuevo cómo Turgot quiere afianzar la razón y las luces mediante el impulso que la religión ofrece. Tema que después centrará parte del proyecto político común de Hölderlin, Schelling y Hegel (probablemente junto con otros jóvenes revolucionarios) en el llamado *Primer programa de un sistema del idealismo alemán*.

do a todos los hombres, pero cuya vivacidad mesurada sobre sus necesidades mutuas —más fuerte según la proximidad— parece desvanecerse al repartirse en una más vasta esfera. Cerca de nosotros los hombres tienen más necesidad de nosotros y nuestro corazón nos lleva más rápidamente hacia ellos. Fuera del alcance de nuestros socorros, ¿para qué necesitan de nuestra ternura? No escapan a nuestro corazón y a nuestros beneficios sino escapando a nuestra vista. De aquí resulta la vivacidad graduada del sentimiento según la distancia de los objetos. De aquí proviene el amor tan vivo y tierno de nuestros parientes y amigos, el de nuestra patria y del gobierno que nos protege —amor más activo que sensible—. En definitiva, el amor de la humanidad más extendido, que parece más débil, pero cuyas fuerzas todas, diseminadas, se reúnen para gobernar nuestra alma a la vista de un hombre desgraciado. Estos grados justos, aunque algunos desiguales, todos pesan en la balanza justa de la bondad de un Dios.

Desarrollados por la religión cristiana, estos sentimientos han suavizado los mismos horrores de la guerra. Por ellos han cesado las consecuencias horribles de la victoria: estas ciudades reducidas a cenizas, estas naciones pasadas por el filo de la espada, estos prisioneros, estos heridos masacrados a sangre fría o conservados para la ignominia del triunfo —sin respetar al mismo trono—. Todas estas barbaridades del derecho público de los antiguos son ignoradas entre nosotros. Los vencidos no son ya esclavos. Los heridos, confundidos con sus vencedores, reciben en los mismos hospitales los mismos socorros. Por la religión, los esclavos mismos se convierten en libres en la mayor parte de Europa. No ha podido abolir en todas partes la esclavi-

tud, aunque en todas partes la ha suavizado, porque no se ha servido de una ley precisa, que habría dado un golpe demasiado súbito a la constitución de la sociedad. No es menos glorioso para ella haberla arrancado al interés de los hombres sin ningún precepto, sino solamente suavizando poco a poco sus espíritus, inspirando en sus corazones la humanidad y la justicia. Sólo por ella las leyes ya no son el instrumento de la opresión. En definitiva, han hecho de balanza entre los poderosos y los débiles. Se han convertido en verdaderamente justas.

II. No es suficiente todavía. Las leyes deben encadenar a los hombres, pero encadenarlos para su felicidad. Es necesario que, al mismo tiempo que se aplican a volver más ligeras sus cadenas, sepan apretar los eslabones con fuerza. Una feliz armonía entre la parte que gobierna y la parte de obedece —igualmente contraria a la tiranía y a la licencia— mantiene para siempre el orden y la tranquilidad en el Estado. ¡Felices las sociedades políticas donde el edificio del gobierno recibe su solidez y su permanencia de los mismos ornamentos, del mismo orden, que lleva a la aprobación y a la belleza! ¡Felices las naciones donde la felicidad de los súbditos y el poder de los reyes se sirven de apoyo la una al otro! ¡Felices los pueblos cuyas cadenas aseguran su fortuna! ¹⁶.

Pero ¿no ha sido reservado a nuestros ojos este espectáculo? Los siglos que han precedido el esta-

blecimiento del cristianismo, los pueblos privados de sus luces, ¿lo han conocido? ¿Por qué aquel de los antiguos que ha hecho el estudio más profundo de los gobiernos, que ha sabido comparar mejor los principios, pesar las ventajas, por qué el preceptor de Alejandro creía imposible conciliar la autoridad de uno solo con la benevolencia del gobierno? ¿Por qué ignora la diferencia entre monarquía y tiranía? ¿Por qué la historia de las antiguas repúblicas muestra que no se conocía mejor la diferencia entre libertad y anarquía? No conocían la monarquía sino por la historia de sus tiranos y por el despotismo de los reyes de Persia. El mundo no les había ofrecido hasta entonces, en los diferentes gobiernos, más que una ambición sin límites en los unos, un amor ciego a la independencia en los otros, un balanceo continuo de opresión y de revuelta.

No lo disimulemos: los hombres no han tenido una razón superior como para sentir —antes de la experiencia— la necesidad de estar sometidos a la autoridad soberana. Avaros de su libertad, llevados hacia este bien supremo por el impulso reunido de todos sus deseos particulares, ¿podían creer que hubiera un precio capaz de pagarla? Es la ambición la que ha formado los primeros imperios. Por ella nuevos conquistadores han elevado otros sobre las ruinas de los primeros. Los límites de la ambición no están en ella misma; siempre ha querido que todo se pliegue a sus caprichos. Los excesos de la tiranía han producido corrientemente la libertad. En otras partes, los pueblos fatigados de la anarquía se han lanzado a los brazos del despotismo. En vano, para parar estos combates perpetuos de las pasiones, los legisladores han intentado cautivarlas por las leyes. ¡Qué débiles son las leyes frente a las pasiones! Creo ver un licor en ebullición en los vasos frágiles

¹⁶ Evidentemente, Turgot se mueve dentro de un despotismo ilustrado, que nunca cuestiona el principio de orden y de jerarquía. Se trata, una vez más, de ilustrar al pueblo, de preocuparse sinceramente por su bienestar y por el progreso global de la nación, pero sin concederle un papel político activo y real.

que lo contienen, que se escapa por todas partes, que a veces los rompe con estrépito. Sólo la religión, atemperando su efervescencia, dando al corazón humano una solidez capaz de sostenerse por sí misma, ha podido fijar al fin estos funestos balances en los Estados.

Situando al hombre bajo los ojos de un Dios que todo lo ve, la religión ha dado a sus pasiones el único freno que podía retenerlas. Le ha dado costumbres, es decir: leyes interiores más fuertes que los lazos exteriores: las leyes civiles. Las leyes someten, mandan. Las costumbres hacen más, persuaden. Comprometen y convierten en inútil el mandato. Parece que las leyes anuncian a las pasiones el obstáculo que deben superar. Un rey se irrita contra la ley que le estorba; el pueblo, contra aquélla que le esclaviza. Las costumbres no oponen una autoridad visible contra la que se pueda hacer una alianza. Su trono está en todos los espíritus. Revolverse contra ellas es revolverse a la vez contra todos los hombres y contra sí mismo. Las costumbres tampoco pueden ser violadas más que por algunos particulares y en ciertas zonas. En una palabra, son el freno más poderoso para los hombres y casi el único para los reyes. Sólo la religión cristiana tiene sobre las otras la ventaja —por las costumbres que inspira— de haber debilitado en todas partes el despotismo¹⁷. ¡Ved, desde el océano Atlántico hasta el

¹⁷ Esta doctrina sobre la diferencia entre leyes y costumbres es fundamental en Turgot para legitimar su visión ilustradora y educadora de la religión. La religión en Turgot —como en el viejo Hegel— no pone simplemente leyes abstractas sin el asentimiento del corazón, sino costumbres —unas leyes interiorizadas que tienen en la conciencia moral y religiosa de los individuos su mejor salvaguardia—. Turgot considera, también, que el déspota

Ganges, todos los rigores de la tiranía reinar sin interrupción con la religión de Mahoma! Dirigid los ojos más allá de esta inmensa zona y ved, en medio de la barbarie, al cristianismo conservar en Abisinia la misma seguridad para los príncipes, el mismo bienestar para los súbditos, el mismo gobierno y las mismas costumbres que mantiene en Europa. Los límites de esta religión parecen ser los de la benevolencia en el gobierno y de la felicidad pública.

Al mostrar a los reyes el tribunal supremo de un Dios que juzgará su causa y la de los pueblos, la religión ha hecho desaparecer a sus mismos ojos la distancia con sus súbditos, como anulada, como absorbida en la distancia infinita de unos y otros a la divinidad. Los ha igualado en una especie de común rebajamiento. Los príncipes y los súbditos ya no serán dos poderes opuestos que, alternativamente victoriosos, hacen pasar incesantemente los estados de la tiranía a la licencia, de la anarquía al despotismo. Los pueblos, por la sumisión que la religión les inspira, los príncipes por la moderación que sacan de ella, concurren igualmente a un mismo fin, a la felicidad de todos. «Pueblos, sed sumisos a la autoridad legítima», ha dicho en todos los tiempos la religión. Aun cuando la sangre de los fieles corría por sobre los patíbulos, aunque cuando veía todo el poder de los emperadores armado contra ella, repetía todavía: «pueblos, sed sumisos a la autoridad legítima, y vosotros que juzgáis la tierra, vosotros reyes, aprended que Dios no os ha confiado la imagen de su poder más que para la felicidad de vuestros pueblos. Aprended a no mirar más a vuestra autoridad

puede manipular mucho más a su gusto las leyes, que no costumbres afianzadas en la moral y la religión.

como el único fin del gobierno, a no inmolar más el fin a los medios.»

Finalmente, los príncipes han comprendido estas verdades. Aquello que anteriormente había sido un crimen, hoy es tomado como un elogio de los reyes. Lo digo con alegría, porque veo en general a los pueblos más felices por este espíritu de justicia y moderación. Lo digo con reconocimiento para con los príncipes capaces de gustar de sus máximas. En definitiva, ha sido gracias a la religión cristiana; lo digo valientemente y sin miedo de irritar a los buenos reyes haciendo público lo que está grabado en su corazón. ¡Almas serviles! Creéis halagar a los reyes al traicionar la causa de la humanidad, persuadiéndolos de que no deben considerar más que a sí mismos, de que los pueblos no han sido hechos sino para servir de base a su grandeza y para cargarles con todo el peso; vuestras vergonzosas adulaciones son un ultraje a los reyes dignos de serlo.

No seréis vos quien me desaprobará, gran príncipe¹⁸, que tenéis el nombre de *Bien-aimé* como el más querido de vuestros títulos. Vos apreciáis el trono por el poder de hacer felices a vuestros súbditos. Habéis sentido el placer de ser amado; han penetrado en vuestro corazón estos gritos de alegría de todo un pueblo, en el momento de saber que, de las puertas de la muerte, volvíais a la vida. Confesadlo: este triunfo ha sido más grato a vuestra sensibilidad que el momento en que, victorioso de tres naciones reunidas, inspirabais terror a Europa. Se os vio gemir entonces ante una gloria que costaba tanta sangre. Desde entonces suspirasteis por la paz y, finalmente, la habéis realizado, sin reservaros

otra ventaja que aquella de hacer la felicidad del mundo. ¡Ojalá podáis hacerlo por largo tiempo! Ojalá podáis proteger durante largo tiempo una religión que tan cara debe ser a vuestro corazón, pues no aspira sino a lo que vos aspiráis: la mayor felicidad de los hombres.

Y vosotros, señores, que en este curso de experiencias trabajáis para haceros dignos de defenderla, la conocéis demasiado bien como para tener necesidad de nuevos motivos para amarla. Más que nunca, le son necesarios defensores instruidos y celosos, en este siglo donde la irreligión se expande más y más. La Iglesia tiene puestos sus ojos sobre vosotros. Os contempla como la base de sus más brillantes esperanzas, y vosotros las colmaréis un día.

¹⁸ Este discurso fue pronunciado y redactado durante el reinado de Luis XV y a él se refiere evidentemente Turgot.